

CABOS SUELTOS Y LAGUNAS PENDIENTES: LA TRANSICIÓN Y SUS LECTURAS RECIENTES¹

José Antonio Castellanos López y Manuel Ortiz Heras
(SEFT/UCLM)

Proponemos aquí un ejercicio saludable de revisión historiográfica, en el buen sentido del término, que nos lleve a descubrir la principal tarea de la profesión: plantear nuevas preguntas, analizar con diferentes perspectivas los resultados y procurar llegar a definir su propia naturaleza, como ya se ha hecho y con fruición con periodos o procesos anteriores.² Se trata de tomarle el pulso a un tema que no es uno más en la secuencia natural de nuestra historia. No sirve de nada perseverar en el afianzamiento de una lectura acrítica y laudatoria de un proceso que la mayoría de españoles ya desconocen porque no lo vivieron y porque no lo han estudiado.

De entrada, la Transición tiene poco que ver con lo que muchos dicen recordar y cuentan. Se fue construyendo sobre la marcha y con enormes dificultades y sobresaltos que no podemos banalizar, especialmente ahora que corremos riesgos de embarrancar en la democratización al calor de una crisis sistémica de impredecibles consecuencias. Se pagó un elevado peaje, aunque de manera muy desigual, y aunque algunos no lo hayan sabido asumir o interiorizar porque se *han dejado recordar* por unas memorias impostadas más cómodas que facilitan el olvido de las dificultades y los innumerables traumas de aquel periodo. Echar al olvido se ha convertido así en una estrategia loable que se prolonga

en el tiempo y disipa cualquier lectura incisiva.³ Ese acto voluntario, consciente, serviría para tranquilizar las conciencias y despejar cualquier amago de autocrítica.

Cuando apenas se han cumplido tres décadas de su final, la transición española de la dictadura a la democracia se ha convertido en el tema estrella de la academia y, también, de la sociedad civil ávida de conocimiento después de haber ido sedimentando un buen número de interpretaciones que se empezaron a dar a conocer antes incluso de su final. Se trata de un tema capital de la historia del tiempo presente, un punto de inflexión que por su enorme complejidad necesita de muchos enfoques y reescrituras. Debemos también trabajar con la consigna de evitar generalizaciones teóricas gratuitas o poco contrastadas aunque vengan de modelos prestigiosos o de plumas con mucha jerarquía, porque es imposible construir una teoría sólida sobre las transiciones y no vamos a encontrar ese supuesto modelo exportable ya que priman las particularidades de cada caso, por más que podamos comparar y establecer tendencias y supuestos.⁴ Son muchos los autores que subrayan el carácter oculto, elitista, opaco al fin de su construcción, que van aportando matices, interrogantes y lecturas alternativas a las que se han venido haciendo con carácter hegemónico cargadas de muchas dosis de autocomplacencia.

Desde el principio fue primordial una interpretación que valoraba de manera muy positiva el proceso. A esta lectura que se ha venido en llamar *oficial* se le han ido añadiendo adhesiones y argumentos que han hecho muy complicado, desde una perspectiva de memoria colectiva, la presentación de visiones críticas. Sin embargo, estas han sido legión desde el principio. Aunque su trascendencia haya sido menor, e incluso ino-cua, frente a la preponderante, el reguero de publicaciones que han ido cuestionando parcial o totalmente la Transición ha sido constante y, por su propia naturaleza, podríamos decir que esas dudas forman parte de su ADN. En todo caso, algunas de estas investigaciones son redundantes y circulares, por lo que va siendo ya hora de alentar trabajos que apuesten por perspectivas casi ignotas, que tienen que vencer los tabúes preceptivos, y que deben arrojar luz a un tema que desde luego no está cerrado ni mucho menos. Obviamente, tampoco somos originales en esto pero no está de más insistir y tratar de persuadir a los recién llegados en su necesidad. No por tópico sigue siendo cierto el aserto de que cada generación escribe su historia. Así es, cada cohorte se formula sus preguntas al calor del presente y acumula un saber que crece también por la aparición de nuevas fuentes que van abriendo posibilidades a los investigadores que hace muy poco parecían inaccesibles. Capítulo reseñable al respecto es la contribución de la oralidad a pesar de los detractores que manifiestan su rechazo por manipuladoras.

Así las cosas, parece más fácil indicar los puntos de desencuentro que los consensos historiográficos, lo que convierte al tema en uno de los más abiertos posibles para la historiografía y las demás ciencias sociales. Su proximidad y sus visibles consecuencias complican muchas veces lecturas que se aproximan a la militancia o al partidismo. A ello han contribuido los medios de comunicación y, de forma muy intensa, los propios protagonistas políticos con sus memorias cuando reivindican una autoría que en muchas ocasiones oculta medias verdades.⁵

Especialmente se ha puesto de manifiesto con el obituario de dos de sus más importantes actores, Manuel Fraga y, sobre todo, Adolfo Suárez, elevados, bien es cierto, uno más que otro, a la categoría de mito fundacional del periodo y del proceso.⁶ Resulta un tanto contradictorio descubrir la relevancia de las tesis que ensalzan el protagonismo de las elites políticas que no concuerdan con suficientes trabajos rigurosos sobre los líderes. La aparición de memorias no palia esta ausencia aunque sus aportaciones son muy relevantes, siendo este un género en auge.

En este punto hay que romper una lanza en favor de la maltrecha biografía política de personajes de la primera línea pero también de lo que podríamos calificar como clase media. La extracción social de los diputados y senadores, así como la de alcaldes, concejales o líderes sindicales y empresariales sigue mereciendo la atención de pocos especialistas. Es muy complicado valorar la democratización desde abajo sin conocer esos procesos de cooptación que nos descubrirán también la complicada conformación de los partidos y las candidaturas en circunstancias tan precarias como las elecciones de 1977 y 1979, tanto a nivel general como municipal.⁷ Lo que se consiguió fue un sistema político rígido que no contempla la democracia interna de los partidos y que anima a la falta de afiliación y a la desafección que nos ha llegado.

Las interpretaciones sobre la Transición se pueden agrupar en dos grandes categorías: por un lado, la que valora el proceso como modélico, por perfecto y exportable, que apenas deja resquicio para la duda y que se ha convertido en canónica y se ha acuñado como oficial, porque se han contado aportaciones al más alto nivel que han pretendido fijar una verdad absoluta que defiende sin fisuras un final feliz e irreprochable. Este paradigma narrativo se ha enriquecido en matices que han tenido como denominador común el rechazo de las críticas. Su debilidad o inconcreción, sobre todo en determinadas parcelas, ha facilitado aportaciones que, a su vez, podríamos agrupar en dos importantes grupos:

uno revisionista, que se ha definido sobre todo por su defensa numantina y la negación del disidente, de los críticos, por considerarlos destabilizadores de la propia democracia; el otro, podríamos denominarlo como evolucionista y aporta como principal novedad la relectura del franquismo y del reformismo procedente de sus filas, así como la etapa desarrollista de los años sesenta, como argumentos que la pretenden reforzar.

La segunda, de manera muy genérica, sería la conformada por una gran pléyade de trabajos que contemplan lecturas más interpretativas y, sobre todo, de algún modo críticas con la modélica y canónica Transición. Es difícil datar su arranque cronológico aunque, como tantos otros temas de nuestra historiografía actual, a finales del siglo XX, coincidiendo con el cambio de color político en el gobierno de la nación, fueron apareciendo trabajos que, primero de forma parcial y más tarde con rotundidad y afán global llegaban a cuestionar aspectos claves de lo que hasta ese momento había sido incuestionable. Así, podríamos hablar de tesis alternativas basadas en la debilidad de las propuestas iniciales que han analizado algunos aspectos como el sistema de partidos, el bipartidismo imperfecto, el sistema electoral, las débiles políticas sociales, la preponderancia de poderes como el financiero o religioso, el mapa autonómico, la existencia de la discutible fórmula del consenso en las decisiones capitales, la condición pacífica del proceso o la escasa relevancia concedida a poderes importantes como la justicia,⁸ la diplomacia, el ejército o la iglesia.⁹ Por último, al calor de la problemática y conflictiva coyuntura política y económica, la crisis sistémica, han ido apareciendo lecturas presentistas, con no pocas dosis de oportunismo que proponen arrumbar con casi todo lo anterior, una auténtica enmienda a la totalidad que, por ahora, debería de ser definida con más precisión y apoyo empírico, aunque aporten tesis muy bien argumentadas en determinadas parcelas pero que omiten voluntariamente cualquier posibilidad de acierto, dadas las

circunstancias del contexto y presididas por una especie de paranoia malévola y conspirativa que dominara todo el periodo.¹⁰

No ha faltado aquí lo que podríamos calificar como literatura del desastre, que recuerda al inveterado arbitrio patrio tan dado a emerger en época de turbulencias. Confluyen aquí las lecturas más descalificadoras que irrumpen desde un inopinado complejo de inferioridad y, en las antípodas y aunque pueda parecer contradictorio, las más chovinistas, patriotas para el caso, que defienden algo así como la versión o vía española, única e irreplicable, de democratización.¹¹ Sorprende descubrir que cuando a nuestro alrededor se habla de crisis sistémicas y globales nos empeñemos en mirarnos el ombligo y tratemos de encontrar explicaciones autóctonas que anulen las influencias externas. La historia comparada y el estudio de los factores democratizadores de los años setenta deben de venir en nuestra ayuda como, afortunadamente, cada vez se plantea con más contundencia. Aunque ciertamente se ha avanzado en este planteamiento seguimos adoleciendo de estos enfoques que requieren la consulta de archivos y prensa extranjera.¹²

En estos últimos años han arreciado las críticas, después de que los pioneros hablaran de transacciones, que apuestan por otra transición a partir de descalificaciones del mal llamado, por su uso claramente despectivo, *régimen del 78* y de la idea de fracaso de la democracia. Es curioso que se utilice precisamente la Constitución para calificar al sistema político cuando constituye, a juicio de una gran pléyade de especialistas, un texto adelantado a su tiempo y que ha jugado, por fin, un papel clave en el afianzamiento de la democracia con todas sus taras, y abierto, aunque eso cueste ser aceptado por muchos, a las reformas pertinentes necesarias al cabo de varias décadas de funcionamiento y ante retos totalmente nuevos.¹³ Eso mismo podemos señalar con la idea del fracaso, porque desde luego es muy discutible esa valoración de conjunto, aunque tengamos en el presente una

gran cantidad de retos y dificultades, como en tantas otras ocasiones, y tampoco se trata de un asunto exclusivo ya que es la propia democracia, como sistema político demoliberal, lo que viene cuestionándose desde hace tiempo en tantos y tantos escenarios. Para una mejor comprensión del tema ni podemos quedarnos solo con los múltiples logros conquistados ni con las innumerables carencias que se han ido manifestando, en suma, con un discurso que tenga que ver más con las voluntades y los deseos particulares que son imposibles de contrastar: *Yo lo habría hecho de otra manera*. Treinta años de democracia plenamente consolidada han dado para muchas cosas que no se han llevado a cabo, como por ejemplo la reivindicación más rabiosa de la actualidad, la construcción de una cultura cívica democrática y plenamente participativa e inclusiva.

Las tareas pendientes

Sin ánimo de exhaustividad, nos proponemos hacer una selección de trabajos que consideramos muy relevantes por su buen hacer metodológico y sus más que sugerentes planteamientos y conclusiones. Está claro que faltan algunos, tal vez imprescindibles a pesar de su aparición ya casi remota, si tenemos en cuenta la velocidad a la que circulan las interpretaciones del caso. Somos conscientes de la dificultad y del riesgo que esta apuesta entraña. La cantidad de publicaciones sobre el tema no hace fácil un control completo de todo cuanto se viene publicando pero consideramos que los trabajos aquí reseñados son merecedores de nuestra atención por muchos motivos. De todos ellos se van desprendiendo también sugerencias de cara a futuras investigaciones que también queremos subrayar para que más pronto que tarde esas lagunas se vayan rellenando con publicaciones importantes. Jugamos con una gran ventaja. En los últimos congresos de Historia Contemporánea y de Historia del Tiempo Presente o Actual el interés por la cuestión ha ido en aumento así

como el número de especialistas que al tema nos dedicamos, por no hablar del volumen de monografías y dossieres aparecidos en revistas de toda laya. Pero es que además, la renovación profesional está asegurada si tenemos en cuenta la cantidad de trabajos de fin de grado o de fin de master que se vienen presentando a raíz de los nuevos planes de estudio y, por descontado, la caterva de tesis doctorales defendidas. Es decir, la cantera profesional está completamente garantizada y es bueno reflexionar sobre aquellas líneas que tal vez merezca abandonar por saturación o falta de resultados y, por el contrario, las que merece la pena sondear por la escasez de iniciativas que hasta ahora se han podido contar. En todo caso, partimos de la idea que ya hemos expresado en otras ocasiones, de que la Transición debe de ser explicada mejor sin apriorismos o lecturas teleológicas que satisfagan intereses predeterminados. El objetivo no es contarla mejor sino contrastar las diferentes versiones y construir una explicación plausible y omnicomprensiva. No es tarea fácil, pero nos sobran argumentos para intentarlo.¹⁴

No brilla el acuerdo precisamente, de entrada, cuando utilizamos el concepto. Es obvio que el término Transición alude a un periodo concreto de nuestra historia, pero también a un procedimiento de cambio de régimen político. Sin embargo, la expresión debería de ir precedida de unas puntualizaciones imprescindibles que valoren correctamente los antecedentes. En concreto, la experiencia democrática republicana de 1931 nos obliga a precisar que en realidad lo que se produjo a la muerte del dictador fue la recuperación de las libertades democráticas que, además, no fueron concedidas graciosamente por un puñado de visionarios, la elite política pilotada por el monarca, sino que fue un proceso en el que no faltaron las imprescindibles aportaciones de la sociedad civil. Un conocimiento riguroso y preciso de nuestra historia reciente, particularmente referida al franquismo, nos ayudaría mucho a situar mejor estas claves explicativas en las que el fenómeno del antifran-

quismo debe de desempeñar un papel estelar. Además, en estas precisiones cabe argumentar que tampoco se puede seguir uniendo sin solución de continuidad el periodo de la Transición con el democrático ya consolidado, a pesar de las evidentes continuidades.¹⁵ En muchos casos se mezclan argumentos y se confunden los vicios de la segunda etapa para proyectarlos sobre las virtudes, que por desdoblamiento las hubo, de la primera, como ya dijera Colomer y que nos han llevado a una democracia de débil o baja calidad.¹⁶

Otro tanto, por seguir con precisiones iniciales, deberíamos hacer a propósito de la cronología. Nada es definitivo a la hora de marcar sus inicios ni su final. Establecer los hitos, los mojones indiscutibles, se plantea como tarea más compleja de lo que pudiera parecer en un principio. Además de un buen acopio de información sobre el periodo dictatorial precedente, un examen detenido del tiempo corto, de los meses cruciales posteriores a la muerte de Francisco Franco, nos ayudarían a mirar el objeto de estudio con gran angular.¹⁷ Los argumentos que muchas veces se utilizan se nos antojan poco satisfactorios —las muertes de Carrero o del propio dictador— porque la búsqueda del hecho dificulta en extremo este punto. Más bien habría que señalar procesos, tendencias que nos remontarían a los años sesenta, sin que por ello tengamos que darles la razón a quienes piensan que la democracia es el resultado premeditado del franquismo, ni mucho menos.¹⁸ Tampoco esto debería caminar hacia un determinismo ciego, al calor de las teorías de las olas democratizadoras, que tampoco explican nada por sí solas. Lo cierto es que la idea del cambio desde dentro del régimen franquista, pero también buscado por sus opositores, desempeñó un papel destacado para propiciar, en un contexto más favorable, las decisiones ya irreversibles para que la democracia fuera posible.¹⁹ Este planteamiento también debe presidir la búsqueda de su data final. En estos momentos parecen ser las alternativas fundamentales: el triunfo electoral por primera vez del PSOE,

en octubre de 1982, o su reválida cuatro años más tarde coincidiendo con la entrada de España en la CEE y en la OTAN, después de un azaroso referéndum que también sería un punto de inflexión en las políticas socialistas. En este caso, nos inclinamos por la segunda opción, convencidos de que en aquella legislatura se cumplieron algunos requerimientos de la construcción democrática como fueron las comunidades autónomas, uno de los aspectos que a la postre se han demostrado más destacable del proceso. Mucho es lo que tenemos por delante aquí. El engarce de las nuevas estructuras en el mapa autonómico debe de dar lugar a investigaciones con las que poder hacer una interpretación más ajustada a la realidad. Para ello, la metodología que debe primar es el interés general y no solo la voluntad de poner en valor lo propio, lo particular. En todo caso, esta perspectiva no debería perder nunca el prisma global salvo para matizar algunas prematuras categorizaciones que se han venido haciendo por ignorancia o voluntad de menospreciar a determinados territorios frente a la omnipresencia de otros.²⁰ Poco es todavía, por ejemplo, lo que se ha trabajado en la indiscutible relación existente entre el 23F y la LOAPA para hacer avanzar el espinoso tema autonómico. El hecho de tratarse del gobierno de Calvo-Sotelo tal vez haya jugado en su contra, un periodo demasiado oscuro a nivel de investigación.²¹

A su vez, todo el periodo es susceptible de ser dividido en fases. La primera está claramente marcada por el relevo de Arias y los intentos de tímida apertura del *espíritu del 12 de febrero* cerrados simbólicamente en falso por el *gironazo*. Nada hacía predecir en esos cruciales días que la democracia fuese a llegar a España en apenas unos meses. Luego vendría el comienzo de la mitificación a propósito de la elección de Suárez, un personaje camaleónico sumamente ambicioso que evolucionó a la velocidad de la luz para dirigir un proyecto de ley que garantizara la continuidad y la legalidad. Desde luego ha prevalecido la imagen posterior, del éxito, que se queda en las grandes decisiones, como

el consenso constitucional, y que deja en segundo plano sus muchas zonas grises, aunque más bien habría que decir azules, por sus orígenes inequívocamente franquistas.²² El gobierno del abulense anterior a los primeros comicios generales está marcado por la octava ley fundamental, la LRP, que refleja bien a las claras las condiciones del proceso.²³ Las últimas investigaciones hablan también de un proceso incierto en el que el tópico del *atado y bien atado* queda claramente cuestionado porque «las decisiones de los consejeros se tomaron no en función de lealtades ideológicas, sino de un proceso de alineamiento colectivo en cada caso».²⁴ Ha trascendido la idea del consenso en el proceso, del acuerdo y del pacto. Sin embargo, aunque no acabe de calar en el imaginario colectivo y en el discurso político hegemónico, las negociaciones entre gobierno y oposición no existieron en la práctica hasta después del 15J de 1977.

A pesar de todo, la fase que comienza en junio del '77 y que culmina con las elecciones municipales del '79 es la que ha marcado la impronta tan exitosa del sumario, la etapa de un matizable consenso que se ha impuesto a todo el periodo como el *modus operandi* prototípico. El abandono de la estrategia rupturista pudo ser prematuro, pero tampoco hubo intención de retomarla, entre otras cosas porque la izquierda se había moderado y los más radicales habían sido ampliamente derrotados y estaban muy divididos.²⁵ Dominó aquí la postura de un Fraga clarividente para sus intereses, que apostaba por una transición controlada que no se les fuera de las manos, algo a lo que se ve, apostaron muchos.

Otro tema para abundar en el debate y la investigación, sin duda, es el de los protagonistas. Aunque el concurso de los movimientos sociales ha ido creciendo en los últimos años, sigue siendo hegemónica la idea de que se trató, fundamentalmente, de un proceso de ingeniería política dirigido por elites reformistas procedentes del franquismo con la aportación de aquellos pocos que dirigían a las fuerzas de la

oposición.²⁶ Aunque ya nadie puede ningunear la importancia de la presión de la calle en los años finales de la dictadura que se incrementó exponencialmente hasta, por lo menos, el año 1979, lo cierto es que sigue minusvalorándose por diferentes motivos su concurso. Nos encontramos aquí entre la desmovilización social provocada por el franquismo, la pasividad, el conformismo, etcétera, de la mayoría de la gente y la activación de no menos un 20% de la sociedad que participaba muy activamente en huelgas, manifestaciones y actos de todo tipo que acaban teniendo siempre una naturaleza política. No es tanto un problema de cuantificación como de analizar los porqués de la gente cuando salía o no a la calle. Asimismo, deberíamos considerar con mayor atención los flujos y los ritmos de participación de los grupos por su diferente ideología y procedencia geográfica. La activación o paralización de estos actores sociales se encuentra muchas veces en acontecimientos puntuales que se pierden en valoraciones de conjunto. Solo así podríamos entender cómo los españoles pasaron con tanta rapidez por un itinerario de activismo sostenido hasta llegar al famoso desencanto o desmovilización. Se trató, en realidad, de la primera formulación crítica contra el proceso desde una perspectiva genuinamente social. En esto, por último, también debemos analizar los comportamientos de las formaciones políticas y sindicales que actuaron como garantes del orden y de la paz social favoreciendo así las actitudes y estrategias más moderadas propugnadas por las elites gubernamentales. Desde luego, la transición sindical se mostró como uno de los principales problemas de la Transición y tampoco ha sido bien o suficientemente interconectada con los problemas políticos y económicos hasta ahora.²⁷ Un ejemplo también de mitificación del proceso al respecto es la veneración que se profesa a los Pactos de la Moncloa, acuerdo social que debía apuntalar el político pero del que en la época no se tenía tan buena consideración como ha trascendido *a posteriori*. De hecho, en la prima-

vera de 1978 solo un 25% de los encuestados consideraba que se trataba de pactos razonables frente a un 36% que era claramente hostil y otro 40% que no tenía una idea clara de lo que se había acordado.

Sin duda, creemos que la historia social de la Transición atesora un buen porcentaje de lagunas pendientes. Cómo actuaron en cada momento los ciudadanos, qué reacciones se produjeron ante los incentivos y frenazos que se daban desde el poder y desde las organizaciones implicadas: el terrorismo, los convenios colectivos, la evolución del paro, la inflación, y las consignas políticas de unos y otros.²⁸ Es preciso recuperar la sociedad civil porque no se entienden aquellos años sin la participación de las asambleas en las fábricas o las asociaciones de vecinos en los barrios, sin los debates en los cineclubs y las actividades universitarias, sin los continuos actos de las asociaciones católicas de base o las protestas pacifistas, feministas, ecologistas y sesentayochistas.²⁹

La Transición fue un proceso dialéctico, una pugna entre inmovilistas y reformistas, entre partidarios de la dictadura y seguidores de la democracia. Esa lucha no fue resuelta de manera natural, por evolutiva, como resultado de un programa preestablecido por las fuerzas de un régimen que indudablemente estaba moribundo. Ya se ha señalado con indudable acierto la situación de crisis que la dictadura tenía a comienzos de los años setenta.³⁰ A pesar de la Ley Orgánica del Estado, de los intentos por aprobar un incierto estatuto de asociaciones, dentro de la lógica franquista, y de los maquillajes constantes llevados a cabo por quienes se presentaban como promotores de unas estrategias lampedusianas, nunca se ha probado la voluntad democratizadora de un régimen dictatorial que por encima de todo era autoritario y fascistoide. Desde esta perspectiva, la Transición tiene poco de épica, de romántica lectura, de ensoñación. Todo lo contrario, es algo más prosaico, más monótono y se aleja de las lecturas más encomiásticas. En resumen, tiene poco que ver

con las ilusiones y esperanzas depositadas en su momento frente a una caduca dictadura criminal. Pero, el descubrimiento de la realidad nos ha llevado ahistóricamente a posicionamientos hipercríticos marcados por una crisis de valores de la que también ahora participamos los españoles. Frente a la idea de una España relevante y reconocida ahora es la marca España la que no funciona o está en declive.

No está de más marcar los abundantes déficits detectados en las garantías democráticas de realización, por ejemplo, con las primeras elecciones democráticas o, todavía más, con el referéndum de la Ley para la Reforma Política. Debemos visualizar mejor las irregularidades en el censo o los problemas de voto en los exiliados y emigrantes. Desde luego, otra aventura apasionante tiene que ver con el estudio de la Transición en el medio rural porque sin ser el motor o la palanca del cambio a nivel nacional, afectó a una significativa cantidad de población que de una manera muy precaria fue embarcada en el proceso de democratización siguiendo un aprendizaje muy defectuoso. La utilización de las cámaras agrarias en su traslación al nuevo tiempo político nos puede enseñar mucho al respecto como se viene haciendo en algunas escuelas historiográficas.³¹ Dentro de esta misma parcela pero con rango propio también se van cubriendo nichos de conocimiento manifiestamente imprescindibles como son los referentes a la situación de las mujeres. En general las perspectivas de género no han merecido todavía la atención precisa pero todavía más significativo es esta situación en el mundo rural, donde las investigaciones se han empezado a efectuar más recientemente aunque con excelentes resultados.³²

Uno de los mitos más arraigados en las memorias sociales es el de su condición pacífica. No es solo falsa a juzgar por el sinnúmero de atentados perpetrados por organizaciones de todo tipo, sino que también hay que valorar el comportamiento de las fuerzas del orden público y el de conflictos de diversa naturaleza que salpicaron en rojo la cotidianeidad del cambio. Los

propios españoles desconfiábamos entonces de alejarnos de la versión más cainita y sangrienta que de nosotros mismos habíamos interiorizado. Una imagen de violencia y extremismos que compartían no pocos extranjeros y que condicionaba las apuestas y apoyos exteriores.³³

Se han dicho también muchas vaguedades a propósito del papel de las fuerzas democráticas y de sus renunciadas, en el caso más positivo, o de sus traiciones, por parte de los más críticos. Hoy es muy fácil hablar de claudicaciones y de errores de estrategia si no se conoce bien el contexto, la situación del país y del entorno internacional, la Guerra Fría y la crisis económica –del estado del bienestar, del comunismo y de las políticas socialdemócratas–. La izquierda política y sindical evolucionó en muy corto periodo de tiempo y tuvo que adaptarse a un entorno francamente hostil. Es preciso conocer la genética de aquellas organizaciones zaheridas por el franquismo hasta la extenuación y con muy poca afiliación. La construcción de aquellas alternativas de participación ciudadana se levantaron de manera apresurada sin que diera tiempo a edificar una cultura democrática consecuente entre sus potenciales militantes. Si precaria era la formación de los líderes, en la mayor parte de los casos, imaginemos qué ocurriría entre una población que venía de un largo periodo de analfabetismo y despoltización. Predominaba una vaga idea de transformación y superación de la dictadura pero sin programa claro ni ideologías precisas. Por eso, se destaca mucho el papel moderado y maduro de una población que a la vez es tildada de pasota, débil o inhibida. Aquí también apostamos por investigar las razones de esos comportamientos y actitudes. La virtud no está en contar cómo predominó la *balsa de aceite* en tantas y tantas localidades, aunque en la práctica también se contaron un buen número de micro movilizaciones que tenían un elevado significado político. Lo difícil pero muy necesario es explicar por qué la mayoría de españoles rehuyó la participación o la significación. El control del orden público hasta

los últimos momentos, las detenciones y malos tratos en comisaría, los despidos patronales, las sanciones sociales y los miedos acumulados –incluso al disfrute de la propia libertad– no son, en este sentido, suficientemente conjugados como claves explicativas.³⁴

De cara a las convocatorias electorales, desde el propio referéndum de la LRP, los gobernadores y alcaldes, así como la Guardia Civil o la policía político-social, acosaron sin límites a todos aquellos susceptibles de participar en algún tipo de protesta. Los riesgos de empeorar en una situación ya suficientemente complicada más los temores de una crisis económica, que jugó un papel también clave, llevaron a muchos a esas posiciones de aparente desmotivación. Cuando se animaron a hacerlo y vencieron sus temores se encontraron con estrategias partidistas que los alentaban a volver a sus casas, abandonar la calle y las asambleas, a ceder su protagonismo a las organizaciones. El descrédito de aquellas propuestas y la desesperanza ante unas políticas que no paliaban de manera inmediata sus múltiples problemas terminaron, otra vez, en la inhibición pero esta vez consciente, en el desencanto y la abstención o las posturas más abiertamente nihilistas.

Desde el punto de vista económico, también se nos abre un inmenso mundo de posibilidades para incardinar con precisión las políticas adoptadas y los intereses satisfechos. Se trata de uno de los aspectos donde mayor continuidad se produjo, como lo demuestra el hecho de que los siete bancos más importantes del país, incluidas las cajas de ahorro, concentraran en 1975 el 75% de los depósitos y activos del sistema bancario español, que se confirmó en los años sucesivos con una enorme concentración del poder económico en manos de los grupos financieros. Su actuación sería decisiva para abordar la financiación de los partidos políticos y las campañas electorales pero también para favorecer a los distintos candidatos de la confederación empresarial, por no hablar de las políticas económicas que se dictaban desde

Moncloa. Además, el impacto de la crisis económica que acompañó al proceso transicional fue terrible e impidió una correcta racionalización de la estructura productiva que se intentaría abordar más adelante, condicionando también la necesaria reforma fiscal y la búsqueda de nuevos caladeros productivos que acabaría dejando secuelas perniciosas para el futuro.³⁵

El rol desempeñado por los medios de comunicación se ha enfatizado normalmente de manera positiva para destacar su favorable participación en el proceso de construcción de la democracia. No obstante, también aquí prevalece la idea de un voluntarismo aquiescente y colaborativo con la idea del cambio político.³⁶ Pero no todo fue tan bonito ni tan favorable. La situación de los medios tiene mucho que ver con el dominio que el aparato franquista había tenido y que dejó en herencia durante algún tiempo. Los propios reformistas, conscientes de la importancia de su concurso, se preocuparon por dotarse de espacios para llegar a la ciudadanía con discursos favorables a sus intereses. Se creó así una opinión pública, a partir de unas publicaciones retroalimentadas, que mediatizó cuando no manipuló a la sociedad también en sentido muy moderado, huyendo de planteamientos rupturistas. La defensa de la monarquía, de la legalidad, de unas reglas del juego supuestas e indiscutibles, formó parte de un hipotético ideario que se debería cumplir para evitar volver a las andadas, al guerracivilismo. En resumen se construyó también una idea de reconciliación sin contenidos claros que banalizó el franquismo y lo normalizó hasta quitarle sus rasgos más detestables. El lógico continuismo de las estructuras políticas y sociales se reforzó con estos discursos poco proclives al enjuiciamiento del pasado y la explicación de responsabilidades. Por esto, no debería extrañar la irrupción de la memoria en los últimos quince años.

La tarea del primer gobierno era titánica si recordamos el punto de partida. El empoderamiento de la sociedad democrática fue más un deseo, una retórica, que una demostración.³⁷ Se

utilizó la movilización social, pero se la intentó neutralizar para evitar su radicalismo, por ejemplo, el asambleísmo. Había que crear ciudadanía democrática, reconocer derechos y modernizar las estructuras económicas en un contexto de crisis económica gravísima. Había que responder a las reivindicaciones sociales, creación del estado de bienestar, y se hizo con mimbres muy precarios y con costumbres muy arraigadas como la corrupción o el fraude fiscal.

En resumen y como adelantábamos al comienzo, todavía queda mucha tinta que verter para desbrozar este campo de nuestra historia reciente. En estos últimos años se ha recordado mucho el injusto sistema electoral —mayoritario proporcional corregido—, procedente del pactado por Suárez y AP para la LRP, que ha beneficiado a UCD, al PSOE y al PP, así como a las minorías nacionalistas. En realidad, esto es lo que menos se comentaba por desconocimiento, pero haríamos bien en recordarlo y contextualizarlo para evitar seguir cometiendo errores. A propósito de las posibilidades que encierra el estudio de temas aparentemente menores pero que se revelan como faros referenciales para una mejor comprensión del asunto, no queremos dejar de traer aquí el mundo de la cultura porque creemos en «el papel social que la política cultural gubernamental tuvo a la hora de transmitir e incentivar una transición culminada con éxito y fundada en la reconciliación anti-ideológica de las diversas sensibilidades políticas».³⁸ Es mucho lo que podemos y debemos esperar de investigaciones que circunvalen estos planteamientos que a menudo se han dejado en un plano muy secundario.

Se trataba de animar al debate y de abrir posibles campos a partir de esas visibles lagunas porque debemos contribuir a que el sistema que hemos construido con no poca dificultad no solo sea democrático sino, por qué no, también democratizador, de esta manera no solo haremos bien nuestro papel de historiadores sino de ciudadanos y cumpliremos nuestra indudable función social.³⁹

La relevancia de algunos trabajos

Mucho es lo que desde la disciplina histórica se ha escrito ya hasta aquí sobre el proceso de transición en España, hasta el punto de que, como señaló ya hace media década Santos Juliá, se ha llegado a acumular tal cantidad de trabajos que «hay donde elegir para construirse algo más que una idea de lo que en aquellos años estuvo en juego». ⁴⁰ La profusión de estudios y aportaciones ha sido tal que muy posiblemente la Transición se ha convertido, tras la Guerra Civil, en el período de la historia española que haya dado más trabajo a editores e imprentas. ⁴¹ El caudal de textos fundamentado en todo tipo de recursos heurísticos y con multiplicidad de perspectivas y lecturas de cuestiones concretas o del conjunto del mecanismo de cambio, no parece que vaya a agotarse nunca. Al contrario se siguen editando cada año obras cuya calidad es indiscutible.

Por este motivo la misión de efectuar un balance en el que se distingan y describan aquí aquellas obras que puedan resultar más reveladoras o innovadoras en relación a todo lo estudiado respecto al mencionado período es una tarea harto compleja. ⁴² Conscientes de esa dificultad, la nómina de obras que aparecerá en estas líneas se guiará por un vector fundamental: determinadas aportaciones han contribuido especialmente a, digámoslo así, traer un aire fresco capaz de poner en cuestión una versión sobre la Transición que aunque aceptáramos el no denominarla canónica, oficial, dominante o hegemónica, sí creemos que pueda recibir el calificativo de mayoritaria, como ha quedado explicado antes. Todos los trabajos que se comentarán a continuación, se caracterizaron por abrir nuevos caminos y planteamientos, configuraciones no frecuentadas con anterioridad que han contribuido a hacer de la Transición el gran objeto de debate historiográfico, también mediático y político en el que en nuestros días se ha convertido. ⁴³

Algunas de estas aportaciones se han centrado en el análisis de un período concreto

del cambio político, que suele ser identificado como un espacio temporal con entidad propia, y en consecuencia, es analizado con unos planteamientos y supuestos específicos. Tres de las obras que aquí se van a mencionar cumplirían con esos requisitos. Este es el caso, en primer lugar, del libro escrito conjuntamente por Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano y publicado con el título *Tiempo de Incertidumbre, Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003. Es este trabajo, además, un estudio que tiene como eje analítico la trayectoria de un personaje: Carlos Arias Navarro. Figura normalmente oscurecida y aparcada por los especialistas, la trayectoria del que fuera último presidente del Gobierno con Franco y primero de la monarquía con Juan Carlos I, sirvió a los autores para —partiendo de la indudable ventaja que supone un cauce documental inédito— demostrar cómo desentrañar algunas de las pautas claves que, desde un tardofranquismo aún sólido pero ya en determinadas partes de su anatomía agrietado, acabarían conduciendo a la aceleración del proceso de cambio. Y es que, como bien se apuntaba, «sin la época de Carlos Arias la Transición hubiera sido imposible», fundamentalmente porque continuaba señalando Tusell «aunque el resultado final hubiera sido el mismo, no se hubiera llevado a cabo de la misma manera». ⁴⁴

Sin duda, es esta la gran virtud de esta obra, que supo utilizar la línea de conducción cronológica en que normalmente se constituye lo biográfico para analizar la descomposición del engranaje político franquista y las razones que posibilitaron que el aperturismo y el reformismo se fueran abriendo paso. Todo ello unido a que el momento de su aparición contribuyó en buena medida para que este libro sirviera como línea de arranque para nuevos planteamientos críticos respecto a la Transición.

Otra de esas notables aportaciones que han sido capaces de configurarse en un análisis profundo y penetrante de alguno de los períodos en los que se podría dividir el período ha sido

el libro de Ignacio Sánchez-Cuenca, *Atado y Mal Atado. El Suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*, citado con antelación. Una obra que, casualmente, realiza ese ejercicio intelectual con respecto a un tiempo que seguiría de una manera casi absolutamente secuencial al analizado en el estudio de Tusell y Queipo de Llano, pues su análisis arranca justo en la última etapa del gobierno Arias, y finaliza en junio de 1977 con la celebración de las primeras elecciones democráticas.

La concreción metodológica del libro de Sánchez-Cuenca se configura en uno de los elementos esenciales que contribuyen a realzar su alcance: ¿por qué los procuradores franquistas aceptaron suicidarse políticamente? Para el autor esta sería la cuestión fundamental de la transición española. Para él, la aprobación de la Ley para la Reforma Política en las Cortes el 18 de noviembre de 1976, constituiría el momento capital de la Transición y es en torno a ese planteamiento sobre el que edifica una reflexión que llega a niveles de profundidad y minuciosidad analítica pocas veces antes logrados. Y esto es posible en buena medida por un elemento que convierte a esta investigación en un estudio auténticamente singular entre la nómina de las que aquí se mencionarán, pues es el único trabajo escrito por un politólogo. Sánchez-Cuenca elige el ir más allá de las barreras que dividen la disciplina de la Ciencia Política con la Historia, para obtener de las dos todas aquellas herramientas analíticas que, combinadas con rigor y destreza, hacen posible que el autor trace planteamientos y elaboraciones enormemente estimulantes para el mejor conocimiento del período.

Partiendo de presupuestos distintos y de concepciones bien diferentes alguna otra obra ha tenido la habilidad de desentrañar las claves cardinales de la etapa que aquí nos ocupa, esas que se enmarcan fundamentalmente entre la muerte del dictador y la celebración de las primeras elecciones democráticas. Justo ese período cronológico es el que estudian Alberto

Sabio y Nicolás Sartorius en su libro *El final de la dictadura. La consolidación de la democracia en España. Noviembre de 1975-junio de 1977*, también ya recordado, una obra de un impacto indiscutible en los estudios sobre la Transición, pues supo acercarse con rigor al tan deseado análisis multifocal del proceso. Una trascendencia que es capaz de superar un elemento paradójico al menos en lo conceptual, pues ambos autores rehusaron utilizar el concepto de transición. Sartorius y Sabio –cuya colaboración sirve para considerar la obra una mezcla poco frecuente de memorias, de egohistoria y de rigurosa investigación académica– optan por hablar del final de la dictadura y no de transición.

No hay nada de baladí en este hecho, pues nos situamos ante una circunstancia que toca de lleno al registro fáctico analizado en el libro, a la perspectiva, al planteamiento metodológico y al repertorio de conclusiones de este trabajo. Entre las fechas mencionadas a juicio de los autores no hay todavía democracia en España, antes al contrario, lo que subsistían en esos meses eran importantes restos del sistema franquista, modelo político cuyos responsables intentaron perpetuar más allá de la muerte del dictador. La respuesta a por qué esta perpetuación no fue posible se convierte en el gran mérito y aportación de esta obra y el aspecto que en su día la diferenció de la gran mayoría de la bibliografía existente del período: la movilización de una sociedad española que salía del letargo autoritario fue la que impidió el continuismo, fue la presión múltiple de amplios sectores sociales la que consiguió ese logro. Fue el activismo en la calle un ingrediente fundamental para traer la democracia. Desde este punto de vista esta obra contribuyó decisivamente a configurar una nueva visión del período alejada de los posicionamientos más mitificadores –cada vez más en manos del conservadurismo político– pero también distante del revisionismo de izquierdas más radical, tan propio y en boga en nuestros días.

Además de las aportaciones que, independientemente de sus planteamientos y compo-

nentes novedosos, han tenido como elemento definidor el secuenciarse a lo largo de un período de tiempo concreto, nos encontramos dentro del repertorio de las investigaciones confeccionado para este balance otras que han tenido como esencial característica el haber sido capaces de considerar en profundidad, y desde nuevas perspectivas, a algunos de los protagonistas fundamentales del proceso. Entre algunos de los estudios que cumplirían con estos requisitos, dos de ellos merecerán aquí una especial atención.

El primero sería el libro de Juan Antonio Andrade Blanco, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, al que hacemos alusión con antelación. Dicha obra, entre otros muchos méritos, poseería uno especialmente sobresaliente: sirve para comprobar como el cambio político que supuso la Transición, debido al modo en el que tuvo lugar y a los contextos que lo enmarcaron, no solo fue capaz de transformar el sistema político español sino que también tuvo como consecuencia el impulsar la transmutación de algunos de los principales actores políticos del proceso, en el caso concreto del que estamos hablando, el de los principales partidos de la oposición.

La obra de Andrade profundiza justamente en el mecanismo de cambio ideológico de las dos principales formaciones de izquierda del momento, PCE y PSOE, que acabaron experimentando una transición propia en el rápido camino de acoplamiento a unos marcos políticos cambiantes que terminaron por desubicar a ambos partidos. Una transformación que trajo consigo auténticas rupturas ideológicas como fue el abandono del leninismo por parte del primero de los partidos mencionados y del marxismo por parte del PSOE. Factores como un marco internacional marcado por los efectos de la crisis de 1973, el modo en el que finalmente se desplegó el mecanismo de cambio político en España y la propia estructura jerárquica de los partidos de izquierda, serían los vectores clave

que elucidarían y se situarían detrás de las mutaciones ideológicas que experimentaron esas dos formaciones en aquellos años, y ayudarían a comprender el muy distinto final de ambas llegado el decisivo momento que fue 1982 y celebradas esas elecciones disruptivas que fueron las generales de octubre de ese año.

Análisis de una profundidad analítica que se despliega en todo momento a gran altura, el autor es capaz de recoger las aportaciones y dar voz a cauces expresivos tan distintos, pero siempre tan reveladores en la vida de los partidos políticos, como lo son los intelectuales, los medios de comunicación e incluso —otra de las grandes aportaciones de lo escrito por este autor— los propios militantes de base. El resultado fue una obra referencial capaz de materializar y concretar como pocas la ruptura de los cada vez más discutidos consensos políticos e historiográficos sobre el período de la Transición.

Si el estudio de Andrade Blanco merece tal consideración por lo novedoso en muchos de sus planteamientos y posicionamientos respecto al papel de algunos los partidos políticos clave durante la Transición, la obra colectiva editada por Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz en 2011 y titulada *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, alcanza semejante valoración por la temática que sirve de eje central a la misma. Nunca antes en la producción historiográfica —o de otras disciplinas sociales— surgida al hilo de la Transición se le había dedicado tanta atención al que sigue siendo aún uno de los protagonistas más desconocidos del proceso de cambio en nuestro país: la sociedad española.

En este sentido, este trabajo, uno más de los diversos frutos debidos al continuado esfuerzo de su editor por la organización periódica de Congresos monográficos dedicados a la Transición, vino a cubrir un importante hueco. Este vacío se relacionaba con el hecho de que aunque buena parte de las obras, cada vez más abundantes, que revisitaban la Transición desde

postulados críticos –algunas de las que en estas líneas se están citando sin ir más lejos– insistían en realzar el papel de la sociedad civil y el de los movimientos sociales en el proceso por encima del que tuvieron las élites políticas, eran escasísimas las que habían convertido en su meta principal el dar una explicación global al papel de la sociedad española en esos años de cambio. Esta obra sí que afrontó ese reto, y con éxito.

Esta contribución aunó en su seno un examen exhaustivo y concentrado del rol del conjunto social en todo el Estado, y más específicamente el de los movimientos sociales durante los años del cambio político. En algunos casos varios niveles de análisis aparecen parcelados en función de los diversos territorios del país, en otros se alude a muchas de las formas a través de las cuales los colectivos sociales se vertebraron para luchar por la instauración de la democracia, si bien es cierto que en este punto se presta una especial atención a esos Nuevos Movimientos Sociales que vendrían a acompañar al más clásico movimiento sindical que igualmente mereció aquí una singular y extensa dedicación.

En el análisis de las tres siguientes obras se podría señalar que han dejado una especial huella entre el total de las aportaciones que se han aproximado al proceso de un modo más rupturista y crítico. Ambos adjetivos casan perfectamente con la obra *El Mito de la Transición. La Crisis del Franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, publicada en la editorial Crítica en el año 2008 por Ferran Gallego. Libro de lectura densa hasta la espesura en algunos momentos, es un trabajo muy revelador pero que se caracteriza además por una forma de relatar ciertamente alambicada, y por la utilización recurrente de recursos literarios que no facilitan una ágil secuenciación comprensiva por parte del lector.

No obstante todo ello, esta obra logró destacar en su momento entre todas aquellas lecturas que hasta ese momento habían sostenido perspectivas críticas respecto a la Transición, logrando distanciarse de la mirada mayoritaria que caía las más de las veces en un

complaciente determinismo *a posteriori*. Un determinismo que, a juicio de Gallego, estaba sustentado además en la existencia y en la actuación de un segmento reformista procedente del régimen –en el que se insertaría igualmente el Monarca o Adolfo Suárez– no tan dividido en su seno como se habría dado a entender y cuyas aspiraciones democráticas son ampliamente puestas en cuestión por el autor. La obra sirvió para hacer más ancha la senda que mostraba las inseguridades del proceso, que este no fue sencillo, como tampoco los fueron los pactos alcanzados, condicionados muchos de ellos por metas políticas muy alejadas entre sí.

El autor que despliega su obra desde finales de 1973 hasta las elecciones de junio de 1977, se muestra igualmente crítico con algunas de las más destacadas fuerzas organizadas de la oposición democrática, pues combina el reconocimiento del poder transformador de la movilización democrática con la crítica hacia unos partidos de izquierda a los que se valora como fuerzas que fueron incapaces de superponerse a un franquismo post Franco, en todo momento suficientemente fuerte para evitar que el control del proceso se escapase de sus manos.

Un año después apareció publicado en la editorial Biblioteca Nueva el trabajo de Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, *Los Ángulos Ciegos. Una perspectiva crítica de la transición española, 1976-1979*, también referenciado ya, título suficientemente expresivo de las intenciones del que fuera uno de los supervivientes de la matanza de Atocha en enero de 1977. En esta obra se ahonda desde posiciones severamente incisivas con el proceso de la Transición en algunas de las líneas de ruptura abiertas en estudios anteriores tomando como eje temporal lo que el autor denominó «el corazón de la Transición», es decir, el tiempo que transcurriría entre julio de 1976, cuando tuvo lugar el nombramiento como presidente del gobierno de Adolfo Suárez, y la celebración de los primeros comicios locales en abril de 1979.

Ruiz-Huerta, en su obra, resalta el papel protagonista de lo que él llama «los sujetos colectivos», es decir, la importancia en el proceso de una sociedad civil que a su juicio habría estado silenciada hasta el momento. Crudo con las formas en las que se desplegó el mecanismo de cambio, el autor se interroga seriamente y pone en cuestión los que habrían pasado a consolidarse como elementos modélicos de la Transición, el pacto, el perdón, el consenso, la libertad, pues a su juicio mucho más relevantes habían sido las intimidaciones, las coacciones, el miedo y las pulsiones antidemocráticas, todo ello aureolado y presidido por la perniciosa tutela del silencio. Polémica en algunos de sus planteamientos, fue una de las obras que más contribuyeron a abrir el camino a todos aquellos que después han buscado en una transición limitada y lastrada por diversas imperfecciones algunos de los tics autoritarios que supuestamente habrían pervivido en la actual democracia.

Mucho más reciente en el tiempo, el libro colectivo ya citado *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate*, (Biblioteca Nueva, 2015) editado por Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano tiene la virtud de efectuar un amplio balance que revisita la Transición desde preguntas que se plantean desde nuestro presente más cercano. Un tiempo marcado profundamente por la crisis económica, política e institucional que sacude a nuestro país desde hace ya unos años. Esta situación propiciaría el surgimiento de nuevos interrogantes y de nuevos planteamientos y favorece la puesta en marcha de los estudios que se proyectan hacia protagonistas arrinconados hasta el momento a la vez que reconfigura la visión respecto a planteamientos historiográficos supuestamente finalizados. Esta obra se vertebra en tres grandes partes: los actores políticos y sociales, los discursos y las representaciones, y la memoria de los protagonistas y sociales de la Transición. En ellas los diversos autores —algunos de ellos muy cercanos o incluso directamente implicados con los procesos sobre los que escriben— es-

tablecen un sugestivo diálogo que toca a decursos históricos bien distintos: el período mismo de la Transición, los momentos en los cuales se han ido fraguando las versiones más extendidas sobre este episodio, y el presente más actual en el que todos estos planteamientos están siendo sometidos a un serio y profundo escrutinio.

La que quizá puede considerarse como la principal dialéctica conceptual a la que se han enfrentado la gran mayoría de las obras que han intentado abrir nuevos cauces reflexivos al análisis realizado sobre la Transición es sobre la que pivota el penúltimo de los trabajos que se vamos a mencionar. *Conflicto y consenso en la transición española* lleva por nombre el libro coordinado por Gutmaro Gómez Bravo y que fue publicado por la Editorial Pablo Iglesias el año 2009, siendo, por cierto, el resultado del seminario que con el mismo nombre fue celebrado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense en noviembre de 2007.

Este libro colectivo convirtió en su eje positivo la confrontación entre dos ideas, dos términos que han marcado como ningún otro la oposición entre una visión de la Transición supuestamente modélica, llamémosla dulcificada o tradicional si se quiere; y por el contrario una visión crítica, impugnadora, acusatoria incluso del proceso. Estas dos ideas antitéticas serían por un lado la del pacto, la del consenso como aparece reflejado en el título. Y de otro lado, la idea de antagonismo, de conflicto, que es la palabra utilizada en este caso para que aparezca en el encabezamiento de esta obra.

Así pues, a través de las nueve contribuciones que forman parte de este libro se busca como meta general desentrañar el trayecto que, partiendo del supuesto básico que entendería como condicionante previo al proceso la existencia de unas importantes cotas de confrontación y de indecisión a todos los niveles, logró concluir en la puesta en marcha de un extendido contrato sociopolítico que posibilitó el afianzamiento de la concordia y la implantación de un sistema democrático. Los diferentes capítu-

los que componen este trabajo pusieron encima de la mesa algunos planteamientos que explicarían cómo fue posible que la mencionada transformación pudiera producirse sin violencia, sin dejar a una lado, por otra parte que la presencia más o menos tangible de esta última realidad, la de la violencia, fuese otra de las constantes más definidoras del proceso, por mucho que esa presencia pueda haberse encubierto u olvidado en muchas ocasiones.

La última de las obras que se citarán en estas líneas vio la luz a modo de una especie de balance. En 2006 en la editorial Península, y con una edición a cargo de la profesora Carme Molinero apareció *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, que como sucedía en el caso anterior también fue resultado de un congreso científico, el organizado por el Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica y el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona en octubre de 2005 y que llevó el título de *La Transición de la dictadura franquista a la democracia*.

Trabajo tremendamente oportuno en el momento de su aparición y sobre todo por los puntos de debate que fue capaz de plantear en su día. Pasadas tres décadas desde el arranque de la Transición, este conjunto de ocho trabajos diferentes escritos por indiscutibles autoridades en cada una de sus materias tocaron a muy distintos planos compositivos del proceso de cambio que iban desde el papel de los movimientos sociales a la cultura, pasando por los condicionantes económicos o la cuestión de la memoria y los legados del franquismo. Una construcción que sirvió para actualizar y poner al día todas estas cuestiones al tiempo que servía para demostrar que era posible el anhelo enunciado por Pamela Radcliff —y que suscribimos totalmente, pues pensamos que hacia ese horizonte es al que hay que dirigirse en todo momento— cuando advirtió de que lo que la Transición necesitaba «es un análisis pluricausal o un análisis multifactorial en el que puedan entrar los elementos procedentes de distintas teorías».⁴⁵

NOTAS

- ¹ Este texto forma parte del proyecto de investigación *Movilización social, activismo político y aprendizaje democrático en Castilla-La Mancha, 1975-1982*. HAR2013-47779-C3-3-P financiado por el MINECO.
- ² Véase, LEMUS LÓPEZ, Encarnación, «Made in Spain, de la autocomplacencia a la crisis», en QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael (ed.), *Los partidos en la Transición. Las organizaciones políticas en la construcción de la democracia española*, pp. 25-35, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- ³ JULIÁ, Santos, «Echar al olvido: memoria y amnistía en la transición a la democracia», en *Claves de Razón Práctica*, 129 (enero/febrero de 2003), pp. 14-24. Frente a esta lectura véase el artículo de Ricard VINYES sobre el establecimiento de una ideología de la reconciliación, «La buena memoria. El universo simbólico de la reconciliación en la España democrática. Relatos y símbolos en el texto urbano», en *Ayer*, 96 (2014) (4), pp. 155-181.
- ⁴ PASTOR VERDÚ, Jaime, «Un balance crítico de la transición política española», en CHAPUT, Marie-Claude y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.), *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 295-304.
- ⁵ CASTELLANOS, José Antonio, «De consensos, rupturas y nuevas historias: una visión de la Transición desde la España actual», en GONZÁLEZ MADRID, Damián A., (coord.), *El franquismo y la Transición en España*, Madrid, Catarata, 2008, pp. 159.
- ⁶ JULIÁ, Santos, «Solo en lo más alto: poder y caída del presidente Suarez», en *Claves de Razón Práctica*, 234 (2014), pp. 160-167.
- ⁷ QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael y FERNÁNDEZ AMADOR, Mónica, *Poder local y transición a la democracia en España*, Granada, CENCI, 2010.
- ⁸ JIMÉNEZ VILLAREJO, Carlos y DOÑATE MARTÍN, Antonio, *Jueces, pero parciales. La pervivencia del franquismo en el poder judicial*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012.
- ⁹ LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis, *El poder de la Iglesia en la España contemporánea*, Madrid, Catarata, 2013.
- ¹⁰ RODRÍGUEZ LÓPEZ, Emmanuel, *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78*, Barcelona, Traficantes de sueños, 2015.
- ¹¹ PULIDO BEGINES, Juan Luis, *La Transición incompleta*, Madrid, Marcial Pons, 2012.
- ¹² DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, «La diplomacia pública de Estados Unidos. Una perspectiva histórica», en *Revista Complutense de Historia de América*, 40 (2014), pp. 277-301.
- ¹³ CLAVERO, Bartolomé, *España, 1978. La amnesia constituyente*, Madrid, Marcial Pons, 2014.
- ¹⁴ ORTIZ HERAS, Manuel, «La historiografía de la Transición», en *La transición a la Democracia en España. Historia y fuentes documentales. VI Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*. Guadalajara, Anabad Castilla-La Mancha, 2004, pp. 223-240.
- ¹⁵ SOTO, Álvaro, *Transición y cambio en España 1975-1996*, Madrid, Alianza, 2005.

- ¹⁶ COLOMER, J. María, *La Transición española: el modelo español*, Barcelona, Anagrama, 1998, p. 181.
- ¹⁷ SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alberto, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975-junio de 1977*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.
- ¹⁸ RUIZ-HUERTA CARBONELL, Alejandro, *Los ángulos ciegos. Una perspectiva crítica de la transición española, 1976-1979*, Madrid, Biblioteca Nueva y Fundación José Ortega y Gasset, 2009.
- ¹⁹ PALOMARES, Cristina, *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977*, Madrid, Alianza, 2006.
- ²⁰ GRANDÍO SEOANE, Emilio, «La Transición en Galicia», en *Historia del Presente*, 25 (2015) (1), pp. 5-95.
- ²¹ PINILLA GARCÍA, Alfonso, *El laberinto del 23-F*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.
- ²² ORTIZ HERAS, Manuel, «Nuevos y viejos discursos de la Transición. La nostalgia del consenso», en *Historia Contemporánea*, 44 (2012-1), pp. 337-367.
- ²³ GIMÉNEZ MARTÍNEZ, Miguel Ángel, *Las Cortes españolas en el régimen de Franco. Nacimiento, desarrollo y extinción de una cámara orgánica*, Madrid, Congreso de los diputados, 2012.
- ²⁴ SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio, *Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*, Madrid, Alianza, 2014, p. 151.
- ²⁵ ANDRADE BLANCO, Juan Antonio, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Alianza, 2012.
- ²⁶ PASTOR VERDÚ, Jaime, «Un balance crítico de la Transición política española», en CHAPUT, Marie-Claude y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.), *ob. cit.*, pp. 295-304.
- ²⁷ GÓNZALEZ MARTÍNEZ, Carmen, «Sindicatos y Transición en 1977: «libertad, trabajo y amnistía»», en CHAPUT, Marie-Claude y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.), *ob. cit.*, pp. 149-162.
- ²⁸ GONZÁLEZ MADRID, Damián A., «Ciudadanía y democracia en el mundo rural manchego (1977-1979)», en *Alcores*, 14, (2012), pp. 117-138.
- ²⁹ PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (Eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008*, Madrid, Catarata, 2008.
- ³⁰ YSÁS, Pere, «La Transición española. Luces y sombras», en *Ayer* 79 (2010), (3), pp. 31-57.
- ³¹ HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio, *La construcción de la democracia en el campo 1975-1988. El sindicalismo agrario socialista en la Transición española*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2007. LANERO TÁBOAS, Daniel (coord.), *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y País Vasco (1968-1980)*, Madrid, Catarata, 2013.
- ³² ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, «Democratizando la democracia. Estrategias de género de las trabajadoras agrícolas españolas (1977-1990)», en *Historia Agraria: Revista de Agricultura e Historia Rural*, 61 (2013), pp. 181-209.
- ³³ SABIO ALCUTÉN, Alberto, *Peligrosos demócratas. Antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, Cátedra, 2011.
- ³⁴ MARTÍN GARCÍA, Óscar José, *A tientas con la democracia. Movilización y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata, 2008.
- ³⁵ SUDRIÀ I TRIAY, Carles, «Ajuste económico y transición política (1975-1985)», en LLOPIS AGELÁN, Enrique y MALUQUER DE MOTES, Jordi (coords.), *España en crisis: las grandes depresiones económicas 1348-2012*, Barcelona, Pasado y Presente, 2013, pp. 193-220.
- ³⁶ DE LA CUADRA, Bonifacio, *Democracia de papel. Crítica al poder, desde la Transición hasta la corrupción*, Madrid, Catarata, 2015.
- ³⁷ RADCLIFF, Pamela, «El ciclo de movilización ciudadana en la Transición española», en *Alcores*, 14 (2012), pp. 23-48.
- ³⁸ QUAGGIO, Giulia, *La cultura en Transición. Reconciliación y política cultural en España, 1976-1986*, Madrid, Alianza, 2014, p. 21.
- ³⁹ DUCH PLANA, Montserrat, «¿Una modélica transición a la democracia en España (1976-1982)? ¿(Nos) conviene revisar (resignificar) la transición española a la democracia?», en QUIROSA-CHEYROUZEY MUÑOZ, Rafael (ed.), *ob. cit.*, pp. 37-47.
- ⁴⁰ JULIÁ, Santos, «Cosas que de la Transición se cuentan», en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 79 (2010: 3), p. 297.
- ⁴¹ QUIROSA-CHEYROUZEY MUÑOZ, Rafael (coord.), *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- ⁴² GIL FEITO, Félix, «De la transición modélica a la desmitificación. Visiones y percepciones cambiantes del proceso transicional español desde la historiografía reciente» en *Pensar con la Historia desde el siglo XXI, Actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Madrid, UAM Ediciones 2015, p. 3214.
- ⁴³ FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco, «Lo que los españoles llaman la Transición. Evolución histórica de un concepto clave» en *Melanges de la Casa de Velázquez*, núm. 36 (1), 2006, p. 145. Aún anterior a estas sería la obra de VIDAL-BENEFITO, José, *Del franquismo a una democracia de clase*, Madrid, Akal, 1977.
- ⁴⁴ *El Mundo*, 03-V-2003.
- ⁴⁵ RADCLIFF, Pamela, «Si ocurrió en España, ¿por qué no en cualquier otra parte? Evaluación del 'modelo' español de transición a la democracia», en *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 29 (primavera 2009), p. 110.